



*Lláname*  
**TERESA**

ANNA R. ALÓS

Rocaeditorial •

# Llámame Teresa

Anna R. Alós



**Rocaeditorial**

## **LLÁMAME TERESA**

Anna R. Alòs

**1900-2008**

Una serie de condiciones llevan a Treseta, una chica de la Lleida rural, a convertirse en novicia primero y en prostituta después, haciendo del placer su nueva forma de vida. Su nombre cambiará a Teresita al llegar a Buenos Aires, para terminar llamándose Teresa de nuevo en España.

Paralelamente, transcurren las vidas de otras mujeres: Lolita, embarazada muy joven de un familiar; Dorotea, enamorada de un marido frío y distante; y Verónica, sometida a una tortura que marca sus días. Todas ellas sobreviven a las circunstancias y enfocan sus vidas desde diferentes ángulos: el placer, el amor, el cinismo y la amistad.

Sus días suceden al vaivén de episodios históricos como el sindicalismo, la Gran Guerra, la Guerra Civil española, a la que Teresa resiste en el valle de la Cerdanya, la Segunda Guerra Mundial o el fin de la dictadura franquista.

Madrid, 2003. La madre y la tía de Candela, una periodista, descendiente indirecta de Teresa, encuentran unas libretas desordenadas en una casa familiar. Candela recibe el encargo de escribir sus historias. Durante cinco años se dedicará a ello, lo que desbaratará su propia vida.

### **ACERCA DE LA AUTORA**

**Anna R. Alòs** es de Barcelona y durante más de veinte años ha sido cronista social en el diario *El Mundo*, donde también ha publicado una columna de opinión semanal titulada «Sexo en Barcelona».

A Cora, y a quien me encuentre en una estantería

## Índice

1. Candela. Madrid, 2008 .....	9
2. El principio. Madrid, 2003 .....	11

### PARTE I. Los motivos

3. Verónica. Roses, 1983 .....	17
4. Teresa Solá. Barcelona, 1928 .....	21
5. Dorotea Trabal. Butsènit, 1910 .....	27
6. Lolita Cernas. Canet de Mar, 1908 .....	33
7. Dorotea. Butsènit, 1915 .....	39
8. Lolita. Canet de Mar, 1916 .....	45
9. Dorotea. Barcelona, 1918 .....	53
10. Lolita. Canet de Mar, 1916 .....	59
11. Treseta Solá. Barcelona, 1918 .....	63
12. La violación .....	71
13. Teresa. Barcelona, 1928 .....	75
14. La decisión. Barcelona, 1918 .....	77
15. El viaje. Pontevedra, 1918 .....	83
16. La pastelería. Barcelona, 1922 .....	87

### PARTE II. La huida

17. El convento. Pontevedra, 1918 .....	93
18. Teresita. Buenos Aires, 1919 .....	109
19. La Casa de los Caballeros .....	117
20. El primer ingreso .....	129

21. El aprendizaje .....	137
22. Nueva vida .....	149
23. La noticia .....	157

### **PARTE III. Reconstrucción**

24. El viaje. Buenos Aires, 1923 .....	173
25. La propuesta. Canet de Mar, 1923 .....	193
26. Teresa. Barcelona, 1923 .....	199
27. Las cartas. Barcelona, 1929 .....	211
28. Andrea. Barcelona, 1944 .....	217
29. Teresa. Puigcerdà, 1936 .....	225
30. El final de la guerra. Puigcerdà, 1939 .....	237
31. Barcelona, 1939 .....	241
32. Andrea. Barcelona, 1944 .....	249
33. Roses, 1945 .....	255
34. Roses, 1976 .....	259

### **EPÍLOGO**

Candela. Madrid, 2003-2008 .....	275
----------------------------------	-----

## Candela

*Madrid, 2008*

**E**s posible que algunos muertos no me perdonen que haya escrito esta historia aunque me lo pidieran mi madre y su hermana gemela. Conseguí que mis abuelos maternos me contaran todo lo que sabían y viajé a muchos de los lugares en los que sucedieron los hechos. Tenía yo dos años cuando murió tía Teresa, y nueve cuando murió tía Verónica. No las recuerdo, pero sé por las fotografías que fueron dos mujeres bellísimas.

9

Mi bisabuela Dorotea estaría horrorizada de que su vida quedara expuesta. Mi otra bisabuela no, pienso que le podría divertir. A tía Teresa, por lo que he llegado a saber de ella, no le importaba lo que pudiera pensar nadie. Era lo bastante libre como para que no le preocupara lo más mínimo la opinión ajena. A tía Verónica también le hubiera gustado, pues de sus libretas desordenadas surgieron estas páginas.

Una vez escritas, una vez contada la historia al mundo, ya no había vuelta atrás y yo tenía que solucionar mi propia vida. Una vida que *Llámame Teresa* había trastocado por completo.

## El principio

*Madrid, 2003*

Todo comenzó cinco años atrás, cuando mi madre y tía Andy, su hermana, me citaron de pronto a través de un SMS:

—Tenemos algo muy importante que decirte. Mañana estaremos en Madrid para verte. En Sacha a las nueve en punto, mesa en el jardín. Si no puedes, anúlalo todo, es fundamental.

11

Lo escribía mi madre, así es ella de contundente. También su gemela, son iguales hasta en eso, en pensar que lo suyo siempre es lo primero.

Toda mi familia está en Barcelona, pero yo me había instalado en Madrid porque allí estaba la agencia de publicidad para la que Adam trabajaba de director de arte y *copy*. No me costó adaptarme a la ciudad y mucho menos al barrio, siempre me han gustado los cambios. La calle Bordadores y el ático abuhardillado que encontré buscando mucho; Josele, el de la tienda de imágenes religiosas al lado de casa; la charcutería del jamón a virutas en un cucurucho como si fueran castañas; la plaza Mayor, Chueca a un paseo de quince minutos..., todo cuadraba para vivir nuestra historia en un Madrid en el que caben pijos, horteras, *freaks* y multisexuales, tribus urbanas

con su correspondiente postureo y que, aunque les gustaría, no están tan lejos unas de otras.

El traslado de mi trabajo lo resolví sin dificultad. Se lo pedí a la dirección del diario y me lo concedieron. Les hacía falta alguien en Madrid para la sección de Cultura, así que pude seguir en *El Punto de Mira* por esa y otras razones.

Cenar en Sacha nunca da pereza, así que salivé con las lentejas que de pronto aparecieron en la parte frontal de mi cerebro, una imprudencia nocturna por pesada digestión, pero irresistible al fin. Ya con la realidad del guiso delante a la noche siguiente, compartiendo mesa con las dos mujeres más importantes de mi vida, me dispuse a escuchar eso tan importante que tenían que decirme.

La primera en hablar fue mi madre:

12 —Hemos dado con un hallazgo excepcional desmontando la casa de Roses. Al vaciar la habitación de tía Verónica, hemos encontrado un montón de libretas en un cajón secreto. Son sus memorias de años y años, historias algo inconexas, a veces sin sentido, y solo unas pocas llevan fecha.

Ante mi expresión de completa extrañeza, intervino tía Andy:

—Verás, todo empieza en Buenos Aires en 1920 y termina en Roses en 1983. También hay historias que pasan en Canet de Mar y en un pueblo de Lleida que se refieren a...

No la dejé terminar, porque cuando tía Andy pone la directa no respira.

—¿Qué tiene que ver eso con vosotras o conmigo? —la interrumpí.

—Eso es lo que hemos venido a contarte —aclaró—. Resulta que la historia de nuestra familia es mucho más sorprendente de lo que conocemos.

—Exacto —añadió mi madre—. Lo supimos al revisar las libretas y al leer la primera escritura de propiedad de la casa, que está a nombre de un tal Rafel Sardá.

—Un asesino que se suicidó —añadió Andy precipitadamente.

—Por lo visto, las tías le compraron a él la casa. Primero fue de tía Teresa y años después tía Verónica puso su parte para compartir la propiedad —comentó mi madre.

—Cuando tía Verónica heredó la fortuna del suegro de tu abuelo Juan, nuestro padre, ¿entiendes?

Me estaban poniendo nerviosa y mis lentejas se enfriaban. Vale que fuera una imprudencia cenar lentejas, pero más lo era comerlas frías.

—¿En serio creéis que puedo entender algo? ¿Os estáis escuchando?

—Candela, solo tú puedes desgarnar la historia de las tías y de las abuelas, en serio, te va a sorprender —dijo Andy.

Miré a mi madre.

—Es cierto —dijo—, dale una oportunidad a estas memorias, estoy segura de que te sumergirás en ellas y no podrás dejarlas. Con las libretas en la mano fuimos a ver a mamá, a tu abuela Isabel, que tiene la cabeza más que clara. Nunca nos había hablado de su vida anterior a los años de Roses por razones moralistas, pero con las libretas sobre la mesa no le quedó más remedio que contárnoslo todo, incluso la historia de Lolita y Dorotea, nuestras abuelas. Pero no adelantemos acontecimientos, tú lee y vamos hablando, ¿te parece?

—Por cierto —añadió tía Andy—, también entre las libretas hemos encontrado esto, quizás signifique algo. —Puso sobre la mesa una medalla de oro.

No sé mucho de santos, pero aquel era san Cristóbal, estaba segura, porque esa imagen la llevaban algunos taxistas y uno me explicó que era el protector de los viajeros. La guardé en un bolsillo del abrigo y ahí quedó olvidada.

Disfruté de las lentejas, aunque estuvieran ya frías, de la compañía de las dos estupendas mujeres que tenía delante, y volví a casa con las libretas de tía Verónica.

Al día siguiente, durante el desayuno, comencé a leerlas. Abrí aleatoriamente una de ellas.

El día que conocí a Teresita, mucho antes de convertirse en Teresa, supe que iba a ser mi amiga para siempre. Era más guapa que nadie, y también era buena, y muy graciosa con sus comentarios. Siempre nos hacía reír, incluso cuando alguna de nosotras estaba desbordada por los acontecimientos, o cuando los suspiros y gemidos de la señora García resonaban en las paredes. No sabía nada de mi historia, aunque tampoco yo de la suya, lo supimos todo al final, llegamos a contárnoslo todo cuando ya estábamos en la casa de Roses, cuando el dolor por todo lo pasado ya no era punzante y ya habíamos aprendido a convivir con él. Ella me habló de la bestia que la violó, y yo, del perro que nunca he olvidado. Todavía tiemblo cuando veo un perro, por pequeño que sea.

14 Cuando una tarde Andreana la descubrió mirando hacia la casa, me dijo que creía haberla encontrado. Ella buscaba a una chica que fuera capaz de dirigir su negocio, que fuera despierta, con desparpajo, que fuera un alma buena y capaz de sentirse orgullosa de sí misma.

A medida que pasaba las páginas, Teresa cambiaba de nombre. Primero era Treseta, luego Teresita y finalmente Teresa. Era algo confuso. Ya me iría dando cuenta de que su nombre se transformaba a medida que lo hacía su vida.

Así fue como acepté leer las memorias y, después de dedicarles un par de horas, concluí que la historia podía ser apasionante, pero faltaban muchos hilos de los que tirar. Me costó convencer a mis abuelos Isabel y Juan de que me ayudaran a encontrar el principio de todo; ellos eran la única base de la información. Solo tuve que prometerles que nunca desvelaría el auténtico nombre del hombre con el que Teresa Solá, mi heroína principal, se casó.

## **PARTE I**

### **Los motivos**

## Verónica

*Roses, 1983*

Todo estaba a punto desde abril, y de eso hacía ya dos meses. Verónica se instalaba en la casa de Roses cada primavera hasta el final del otoño. Los demás solo iban los meses de calor, decían que el mar es nostálgico y triste más allá del verano, y quizás tenían razón, por eso cuando el frío asomaba ella se sentaba cada tarde en el porche con vistas al mar y encendía los braseros. La nostalgia era su vida, el recuerdo de todo lo pasado era una sensación que anidaba en ella desde que Teresa se marchó. ¿Cómo no iba a sentir nostalgia después de tantos años juntas?

17

Isabel y Juan, sus sobrinos, estaban a punto de llegar para pasar el verano. Sus hijas, las gemelas, tardarían un poco más, Andy se había ido a Medellín, *National Geographic* la había enviado allá para hacer un reportaje fotográfico de Pablo Escobar, el narcotraficante que acababa de perder su escaño en el Congreso Nacional colombiano, y Luisa estaba en Mallorca con su hija Candela, en casa de un amigo en Alcudia.

Verónica vivía todo el año esperando esos días, cuando la casa se llenaba de vida nueva y de un color diferente al habitual, el color de la juventud. Cuando Luisa y Andy eran pequeñas,

les enseñó el camino de ronda, a nadar, a distinguir las clases de gaviotas, las carroñeras de las amigables, les compró libros para que se iniciaran en la lectura, les enseñó a cocinar torrijas.

Y cuando fueron adultas, siguieron llenando sus días de alegría.

Un día las oyó hablar en el jardín.

—¿Te das cuenta de que a veces en esta casa huele a caramelo de café con leche desde siempre? —le preguntó Andy a su hermana.

—Sí, pero se lo comenté a la tía Verónica y me dijo que a veces las casas huelen, que ella caramelos no tiene —explicó Luisa.

La pequeña Candela intervino:

—¿Qué decís de caramelos?

Las gemelas rieron.

—Historias de gente mayor.

18

La que había sido una residencia para personas desvalidas, famosa en toda España, era ahora una mansión espléndida en la que Verónica convivía con sus recuerdos, y eran muchos.

Leer, escribir, recordar, nadar y pasear se habían convertido en sus pequeños vicios. Nadie sabía que llevaba años escribiendo en unas libretas que guardaba en un cajón disimulado de su cómoda, solo lo hacía para no olvidar, aunque quizás algún día alguien las leyera.

Miró por la ventana de su dormitorio en el primer piso, ahí estaba el mar. Era un día de calma, el sol parecía algo tímido, pero sabía por experiencia que acabaría venciendo el pulso a las nubes. Sacó su última libreta, faltaban pocas páginas para terminarla, tendría que comprar otra ese mismo día. Se puso a escribir:

Me siento distinta hoy. Ayer, al entrar en la sala grande, me invadió un olor a café con leche, ese aroma que forma parte de mi vida. Pensé en ella, en Teresa, en ese olor suyo, en todo lo que sentimos,

nuestras conversaciones, nuestros momentos de alegría y de llanto. ¿Estará bien? Han pasado ya siete años desde su marcha. ¡La echo tanto de menos! Pero sé que volveremos a encontrarnos, algún día, sí. Estará bien, estoy segura.

Dejó la pluma, le temblaban las manos. Hacía meses que le temblaban pero no le daba importancia. No llamaría al doctor solo por eso. Además, no había ido a verlo desde el día que le dio la noticia: cáncer en estado avanzado. Puso la libreta en el cajón de la cómoda, con todas las demás. Las miró y pensó que no las había numerado, debería haberlo hecho. Bien, ya tendría tiempo otro día. Después besó la medalla de san Cristóbal que llevaba colgada del cuello, se la quitó y la dejó también en el cajón.

Caminando por la playa, ya con el sol habiendo ganado la batalla, pensó que no debería posponer la organización de las libretas. Quien las encontrara tendría mucho trabajo para ordenarlas, si es que le interesaba hacerlo. ¿Por qué de pronto le asaltaba la angustia por ese orden?

Era la hora de su baño. Dejó la ropa sobre la arena de la playa, justo enfrente de la casa, y se metió en el mar como cada mañana. El agua almacenaba aún el frío del invierno y la primavera no había sido de las más calurosas. Nadó un buen rato, y al salir del agua la vio. Teresa estaba erguida junto a la barandilla, la saludó con el brazo y se dio la vuelta hacia la casa.

—¡Teresa! —exclamó Verónica.

Salió del agua, se vistió sin secarse y fue a buscarla.

fueran diosas, como si se hubiera construido a medida para que Teresa la recorriera altiva, mirando al frente y deslizand su mano por la ancha barandilla. Pocas mujeres sabían descender por una escalera como ella.

—Conrado es un buen hombre —le dijo Verónica.

No comprendía por qué a Teresa todo eso no le importaba. Ambas habían vivido bien hasta entonces, pero esa mansión era diferente, todo aquello era de ella, su esposo había depositado todo su mundo a sus pies.

—Nunca hemos tenido toallas como estas, Teresa, así es que no nos podemos quejar —añadió Verónica mientras la ayudaba a secarse tras el baño con una toalla en la que cabrían tres personas.

—Realmente no, no nos podemos quejar —comentó Teresa.

22 En su tono había un final no hablado, un final que parecía querer decir «Prefiero quejarme y huir».

La mansión Recoder, a pesar de ser el feudo de una familia catalana austera y comedida, era de un ostentoso neoclásico, con un cuerpo de casa de diez personas, tan brillante como silenciosa. Un silencio alterado solo por el ruido de la cocina, una voz entre aguda y ronca que decía: «Hola a todos, ir pasando, a trabajar, a trabajar». Era el loro del señor Conrado, el amo de todo, el padre de su esposo. Se llamaban igual hijo, padre, abuelo y los de más atrás, por esa ancestral costumbre de los ricos, como si temieran perder la fuerza de su linaje. Al loro le pusieron Matusalén, Matu lo llamaban, más que adecuado para un longevo animal, aunque no le encajó del todo el nombre porque al pobre, que vivía estresado por los maullidos del gato de la cocinera, lo encontraron tieso en su jaula una mañana de Navidad y solo tenía veinticinco años. Su dueño estuvo tres meses sin hablar con nadie, como si el loro hubiera significado su conexión con la vida; al morir Matu, se vio solo y perdido, sin el eco de sus propias palabras.

Conrado Recoder padre era un empresario textil de Sabadell, muy respetado por su éxito, que había heredado la fortuna de su abuelo materno, un traficante de esclavos, y la había invertido en una fábrica de estampación que llegó a ser la primera en facturación y beneficios de toda España.

En la mansión, de forma discreta y desordenada, pernoctaba a veces el rey de España. Era un lugar seguro y desconocido, alejado de la capital, ni siquiera la servidumbre lo sabía. No había cortejo ni cuerpo de seguridad, nada. Solo el monarca y un acompañante armado. No se sabe si por la facturación de su fábrica, o acaso por ser guardián de los reales secretos de alcoba, el caso es que Alfonso XIII le otorgó a Conrado el título de conde, que, como buen catalán, nunca ostentó.

—¿Para qué? —comentaba—, ¿para parecer más rico y pagar más impuestos? Ya les regalo el título, menuda tontería.

Decían las malas lenguas, incluso algunas buenas, que más allá de tales escarceos el rey había comprado su silencio por seducir a una determinada dama de Barcelona, una de las oficialmente intocables pero de fácil virtud, porque se había casado por voluntad familiar con un hombre inmensamente rico, callado, taciturno y con el alma siempre en pena. Esto no era del todo cierto; el caballero amaba a otra mujer, con la que no le permitieron casarse pero con la que compartía clandestinamente un hijo. Entre unos y otros no hacían sino almacenar secretos de alcoba que entretenían a la burguesía.

Teresa había aprendido todos los recovecos de los Recoder, su nueva familia, sus éxitos y sus miserias, y se había esforzado durante cinco años en soportar a su adusta suegra. Su marido había apostado por ella y le debía ese esmero, pero finalmente ocurrió lo inevitable cuando alguien toma una decisión pensando en favorecer a otra persona y sacrificándose a sí mismo. No le había fallado la intuición: desde el día que aceptó casarse con Conrado Recoder, podía haber escrito el fin de su matrimonio.

Mientras Verónica la ayudaba a arreglarse para salir, Teresa le dijo:

—Es el mejor hombre del mundo, amíga, y son su bondad y su dedicación lo que no puedo soportar más. Necesito volver a lo mío, a mi vida anterior, busco un aire que en esta casa no encuentro, espacio para cantar y bailar sin que alguien me observe creyéndome una loca. Y necesito placer, como antes, Verónica, rozar mi piel con quien quiera y me apetezca. No soy capaz de gozar con él, pone toda el alma en ello, pero no. No es culpa suya, soy yo la que no tiene suficiente. Me acaricia, recorre mi cuerpo con pasión, con sus manos, su boca, yo espero sentir algo, aunque sea ese algo mecánico que tú y yo tan bien conocemos, pero no lo logro, no hay emoción. Y cuando penetra en mí, no siento nada, absolutamente nada. ¿Sabes qué terrible es eso cuando él se esfuerza en hacerme sentir? Siento algo, sí, lástima, por sus sentimientos, su esfuerzo, su dedicación. Yo no puedo corresponderlo y me odio a mí misma por sentir pena. Cuando acepté casarme con él, puse como condición que no tendríamos intimidad hasta que yo lo decidiera, y cuando di el paso descubrí su falta de aptitudes. Ahora soy injusta, no es culpa suya, Verónica, soy yo, que necesito otras manos, otra boca, otra forma de moverse, de besar, de acariciar. He intentado enseñarle..., es un hombre al que respeto absolutamente, pero lo deseo con reservas, no puedo amarlo con la dedicación que merece. ¿Recuerdas el primer día que entró en nuestra casa?

—No lo olvidaría por más años que pasaran. Hablas muy bien, Teresa, tus palabras son bellas.

—Las he aprendido en los libros que él me ha sugerido leer, porque eso sí se lo debo, haberme mostrado que hay mundos paralelos en los libros. Si lees mucho y bien, Verónica, aprendes a hablar bien. Yo leía con dificultad, tenía que detenerme a veces y enlazar las letras para formar palabras, hasta que pude acceder a la biblioteca de las clarisas, y años después él ha sido mi Pigmalión. ¿Sabes quién era Pigmalión?

—Pues no, y no creo que tenga oportunidad de conocerlo.

Teresa sonrió ante la respuesta espontánea de su amiga, pero no siguió con la conversación para no ponerla en ridículo. Tampoco aportaría nada a su vida saber que Pigmalión era un personaje mitológico de la antigua Chipre. Había intentado que Verónica también leyera algún libro, pero a su amiga no le interesaba nada, lo que le gustaba era dedicarse a los menesteres domésticos.

Andrea, su hija, era feliz en aquella casa. La estaban educando conforme a las normas burguesas, pero Teresa era cada día más desgraciada, intentaba esquivar a su suegra todo lo que podía, aborrecía profundamente al loro y echaba de menos su vida de libertad, de entrar y salir sin ser controlada y, sobre todo, de poder practicar sexo sin tener que simular amor formal.

To be continued...